

# LA RESPUESTA DE ALIPATI

Por *Rosa María Brown*

ALIPATI observó las estrellas a través de la puerta abierta de la choza, y se dio cuenta de que estaba por amanecer. Ese día el padre cargaría en el bote las cestas que habían tejido y las llevaría al otro lado de la isla para venderlas en la aldea.

"¡Hoy estaré solo! -pensó alegremente Alipati-. Hoy podré leer los folletos que el pastor Dionisio me trajo. Así podré aprender más acerca de Jesús".

Desde hacía varias semanas el pastor, que vivía en la

aldea, había estado distribuyendo publicaciones entre los habitantes de la isla. El padre de Alipati no había querido recibir ninguna de esas publicaciones, y se había disgustado con Alipati porque él las recibía. En una oportunidad se las rompió. Pero las que el pastor había traído la semana anterior, Alipati las había escondido debajo de una piedra que estaba detrás de la choza.

Cuando el gallo cantó, Alipati abandonó el jergón que le servía de cama y salió de la choza. Su padre ya estaba juntando las cestas.

¡Ayúdame a cargar el bote! -ordenó éste-. Desayunaré con la provisión que llevo para el almuerzo mientras viajo.

-Es un lindo día para remar -observó Alipati.

-Sí -estuvo de acuerdo su padre-. Pero pronto tendremos mal tiempo. Sería conveniente que fueras a la Caverna de las Algas para traer leña. Nuestra provisión está mermando.

Alipati se sintió descorazonado. ¿Cuándo tendría tiempo de leer los folletos que había traído el pastor Dionisio? La Caverna de las Algas estaba en la playa, a una buena distancia de su choza. Dentro de la caverna y en torno a ella había siempre muchos trozos de madera arrastrados hasta allí por la marea, pero la tarea de acarrear tinajas pocas cargas hasta la choza le llevaría la mayor parte del día.

Desalentado, Alipati acomodó las últimas cestas en el bote y descendió. Su padre se sentó y empuñó los remos.

-Ahora, obedece. Cuando regrese quiero ver una buena pila de leña.

Alipati respondió con un movimiento afirmativo de cabeza. Se quedó mirando el bote hasta que desapareció tras una arboleda, y entonces regresó a la choza. Después de desayunarse quedó pensando, indeciso. ¿Debía ir inmediatamente a la Caverna de las Algas o podría echarle primero una mirada a los folletos?

Finalmente, dando un suspiro, Alipati salió rumbo a la caverna. "Primero traeré una carga de leña -pensó--. Entonces podré leer durante unos minutos. Papá no se enojará si descanso un poco".

Alipati echó a correr por la playa arenosa. Luego aminoró el paso. Sabía que debía apresurarse o de lo contrario no le quedaría tiempo para leer, pero no quería agotarse de manera que no tuviera fuerzas para traer la leña de vuelta. Finalmente llegó a la caverna y recogió una carga de leña. El regreso le llevó más tiempo, y cuando arrojó la leña junto a la choza, le dolían los brazos.

Deteniéndose sólo para beber agua, Alipati corrió hacia la piedra grande que estaba detrás de la choza y



sacó de debajo de ella los folletos. Sacudió el polvo que los cubría y comenzó a leer una porción que citaba los Salmos: "Alzaré mis ojos a las montañas de donde viene mi socorro".

Alipati no estaba seguro de lo que significaban esas palabras. Volvió a leerlas. Luego miró las montañas que estaban detrás de la choza, una masa de rocas desnudas y ásperas, cuya silueta se recortaba contra el cielo. Eran las únicas montañas que el muchacho conocía, pero ¿cómo podrían jamás ayudarlo?

Y con ese pensamiento quedó mirando las montañas. Pero algo pareció decirle que mirara en la dirección opuesta, hacia el océano. Cuando lo hizo, quedó mudo de sorpresa.

El océano, en lugar de lamer con sus aguas la playa arenosa, parecía retraerse sobre sí mismo como una enorme medusa. Alejándose cada vez más hacia el horizonte, el agua se juntaba formando un murallón gris cuya altura iba aumentando.

De pronto Alipati se dio cuenta de lo que esa muralla significaba. Era una enorme ola que pronto se precipitaría hacia la isla. Alipati jamás había visto una ola tan enorme, pero había oído de una ola semejante que hacía muchos años había azotado la isla. Su abuelo había sido barrido por aquella ola, y nunca jamás se lo volvió a encontrar.

Alipati se puso de pie, con la boca reseca por el temor. El también podría ser arrastrado por la ola. ¿Qué podía hacer? Temblando, apretó las manos entre las cuales tenía el folleto del pastor Dionisio. De pronto recordó las palabras que acababa de leer: ". . . las montañas de donde viene mi socorro".

Ahí tenía la respuesta. ¡Las montañas! ¡Podía subir a las montañas! Cruzó velozmente la arena y comenzó a treparse a las rocas. Con toda la agilidad que poseía siguió trepando sin volverse a mirar el océano. De pronto escuchó un rugido, y sopló un viento frío que le desgarraba las ropas. Cuando llegó a la cima de una roca alta, se tomó con todas sus fuerzas de una saliente, y una lluvia fina, producida por la ola, lo bañó.

Después la ola descendió hacia la playa. El sol brilló en las rocas mojadas, en la brillante arena y en las aguas del océano. Alipati miró hacia el lugar donde había estado su hogar. La choza había desaparecido.

Lentamente comenzó a descender, y se dio cuenta de que todavía tenía en su mano el folleto con el salmo. No había orado muchas veces, pero ahora se detuvo sobre la roca resbalosa e inclinó su cabeza para decirle a Jesús cuán agradecido estaba porque las colinas lo habían ayudado.

Cuando el padre de Alipati regresó, ya tarde en el día, apenas pudo creer lo que vio.

-¿Cómo pudiste escapar de ser arrastrado por la ola? -preguntó azorado a Alipati.

-Jesús me ayudó -respondió Alipati y le dio a su padre el folleto con el salmo-. Debido a que leí el folleto del pastor Dionisio, Jesús me hizo pensar en subir a la montaña.

Una expresión de admiración cruzó por el rostro de su padre cuando tomó el folleto. Durante un momento no pudo hablar. Luego pronunció las palabras que Alipati había deseado oír.

-De ahora en adelante, los dos leeremos todos los folletos que traiga el pastor Dionisio.